

EL CORAZÓN DE JESÚS

I- LA DESOLACIÓN ESPIRITUAL

Elegí este tema porque creo que puede ser provechoso para la vida espiritual de todos, tanto de los religiosos como de los laicos. Lo presento como si fuera una regla o consideración práctica que puede servir para los tiempos de desolación espiritual. Como veremos, esto está relacionado con los principios Ignacianos que ustedes ya conocen (“cómo actuar en tiempos de desolación”) pero quisiera enfocar esta consideración con la luz del gran misterio de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, la cual se nos presenta claramente como una respuesta concreta y adecuada, y como un arma poderosísima para el combate propio de las desolaciones espirituales que, como bien sabemos, ocupan gran parte de nuestra vida cristiana aquí en este valle de lágrimas.

Veamos primero un problema particular que nos puede ayudar a introducir mejor este asunto.

1- La desolación “desencarnada”

Ya hemos visto muchas veces qué es la desolación espiritual, según san Ignacio:

Oscuridad del ánimo, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor. [317]

Ahora bien, a veces nos puede pasar que nuestras luchas de desolación espiritual siguen al pie de la letra esta descripción de san Ignacio, pero luego terminan siendo luchas “desencarnadas”. Y por “desencarnadas” me refiero precisamente a **privadas del misterio de la Encarnación**. Y eso termina siendo como una lucha sin cuartel. Es decir, cuando en tiempos de desolación tratamos inconscientemente, de inclinarnos a buscar respuestas en solo un aspecto de Cristo, y no en toda la Verdad de su Encarnación. Como cuando queremos buscarnos solo en la divinidad de Cristo, pero no su humanidad, o al revés, nos inclinamos a la humanidad de Cristo olvidando su divinidad. Claro está que esto no lo hacemos formalmente así. Pero sí, por ejemplo, cuando en la prueba nos quejamos de una manera desordenada, como cuando decimos “yo ya no puedo más” entonces separamos el poder divino de la naturaleza humana, la cual, aunque sea verdad que **parece impotente ante el sufrimiento**, en Cristo jamás se separa de su naturaleza divina. Ni siquiera en su muerte.

Se trata del error del cual el P. Buela habla en su libro el *Arte del Padre*. Él lo llama “dialéctica entre dos cosas buenas”. Dice que es una dialéctica que malentiende el misterio de la Encarnación, como si en Cristo tuviéramos que elegir entre su humanidad y su divinidad. Así lo explica el Padre:

Nos quieren hacer elegir entre dos cosas buenas, aceptando una y rechazando la otra como mala, para llevarnos a algo peor. Hay que hacer lo uno sin dejar de hacer lo otro. Cuando las dos opciones son buenas, ¿qué hacer para no caer en la dialéctica? Si las dos son buenas, hay que hacer como hacíamos cuando éramos niños y nos preguntaban: - «¿A quién quieres más, a tu papá o a tu mamá?» - «A los dos» - respondíamos alegremente, rompiendo la dialéctica. Entre dos cosas buenas, hay que hacer lo uno, sin dejar lo otro.¹

Por eso, lo que vamos a tratar de decir aquí, es que en el corazón de Cristo encontramos lo uno y lo otro. La trascendencia de su divinidad y la humildad de su humanidad. Por consiguiente, allí está todo el tesoro que necesitamos para sobrellevar cualquier desolación espiritual.

El ejemplo está en el mismo momento en que Cristo sufrió los dolores de la cruz. De Cristo podemos decir que, aunque no pudo experimentar todos los aspectos de la desolación espiritual, pues por ejemplo, era imposible en Cristo experimentar la inclinación a pecar, sí sufrió sin embargo un aspecto de la desolación extremadamente doloroso, como lo es el abandono de parte del Padre. Dijo en la cruz, «¿Dios mío, *porqué me has abandonado?*» **(Mateo 26,46)**. Sin embargo, aquí no hay ninguna separación ni ruptura del misterio de la Encarnación, como dicen los herejes, según nos advierte santo Tomás. Se dice que Cristo sufrió el abandono, no en cuanto a su Unión, tampoco en cuanto a su Gracia, sino en cuanto al Padecer². Como quien es entregado al sufrimiento. Ser entregado al sufrimiento no significó que la divinidad dejara de existir en Cristo, lo cual es imposible, sino solamente que la divinidad permanecía escondida, como dice San Ignacio. Y permaneció unida a la naturaleza humana aún en y durante la muerte. Fíjense qué cuidadoso es San Ignacio cuando explica, en la contemplación de la Resurrección, que: «**Christo espiró en la cruz, y el cuerpo quedó separado del ánima y con él siempre unida la Divinidad, la ánima beata descendió al infierno, asimismo unida con la Divinidad**» [219]. Es decir, aún en el peor trance que fue el de su muerte, la divinidad siempre permanece unida tanto al cuerpo como al alma. Lo mismo pasa en nosotros, de alguna manera. Aún en el peor trance que es la muerte de las purificaciones, “las noches”, la desolación. Siempre su gracia permanece y es esa gracia la que nos sostiene en todo.

Por eso, hay que ser bien realistas con el tema de la desolación. Dios está presente. «*Tu gracia me basta*», dice san Pablo. Y de nuevo, san Ignacio: «**puede con el auxilio divino, el cual siempre le queda, aunque claramente no lo sienta... quedándole tamen gracia suficiente para la salud eterna**» [320]. De manera que el principio que debe movernos en las pruebas es la verdad de la Encarnación, por la cual Dios está unido a la naturaleza humana, en Cristo por unión hipostática, y en nosotros, por participación.

Es decir, la desolación espiritual debe ser afrontada cristianamente, según el misterio de la Encarnación. Porque sin el misterio de la Encarnación, no se puede entender el dolor. Sin el misterio de la Encarnación terminamos despojando al dolor y al padecimiento de la naturaleza humana de su sacralidad, de su “sacramentalidad”, si se quiere. Esto es lo que

¹ CARLOS M. BUELA, *El Arte del Padre*, 327.

² SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Super Matthaicum*, 24, 46. “Christus dicitur derelictus non quantum ad unionem, nec quantum ad gratiam, sed quantum ad passionem”.

hace el espíritu del mundo, en definitiva, le quita a la naturaleza humana lo que de más sagrado ella tiene, es decir, la vocación a lo sobrenatural a través del dolor. La naturaleza humana entonces queda ultrajada y el dolor no tiene ningún sentido más allá que el de provocar desesperación. Y así, no hay naturaleza humana que aguante, si la vocación que tiene de unirse a Dios quedase truncada o frustrada. Esa separación del misterio de la Encarnación hace que la desolación permanezca “desencarnada”.

La palabra desencarnarse significa en castellano: «perder la afición a algo, desprenderse de ello». Por eso, por mas dura y cruda que sea la desolación, debemos tener como regla el jamás perder la afición al misterio divino-humano de nuestro Salvador. Porque, de lo contrario, estaremos siempre a la merced de caer en aquellos peligros de los que nos advierte San Ignacio, es decir, «**hacer mudanza de propósitos [320], perder la paciencia y la diligencia [321], prestar atención a los engaños, tristezas e inquietudes del enemigo, que se comporta como consejero en la desolación [318]**».

Todo lo cual puede llevarnos al endurecimiento del corazón. Pero Dios quiere hacer que nuestro corazón sea un corazón de carne, que se encarne nuevamente, según el misterio de la Encarnación.³ Un corazón encarnado que pueda latir según el latido divino y humano del corazón de Jesús.

2- El Corazón de Jesús en la desolación espiritual

Y aquí viene entonces el segundo punto. Y es que ante el problema de la desolación “desencarnada” la respuesta se encuentra precisamente en el Sagrado Corazón de Jesús. En el Corazón de Jesús está encerrado el secreto, pues allí está salvaguardado el tesoro de la Encarnación. ¿Por qué? Porque como dice el Papa Pio XII:

(...) del elemento corpóreo, que es el corazón de Jesucristo, y de su natural simbolismo, es legítimo y justo que, llevados por las alas de la fe, nos elevemos no solo a la contemplación de su amor sensible, sino más alto, hasta la consideración y adoración de su amor infuso, y, finalmente, en un vuelo sublime y dulce al mismo tiempo, hasta la meditación y adoración del amor divino del Verbo Encarnado, ya que a la luz de la fe, por la cual creemos que en la Persona de Cristo están unidas la naturaleza humana y la naturaleza divina, podemos concebir los estrechísimos vínculos que existen entre el amor sensible del corazón físico de Jesús y su doble amor espiritual, el humano y el divino.⁴

De esto se desprende lógicamente que el Corazón de Jesús es el refugio en donde encontramos todo el misterio de amor del Verbo Encarnado y, por consiguiente, la gracia suficiente que nos mantiene en pie durante las pruebas, y la luz de la fe durante las noches oscuras.

Es el amor y la sabiduría del corazón de Jesús lo que nos previene de falsas ilusiones, como cuando pensamos que la santidad significa no sufrir turbación durante una desolación. ¿Por qué sigo sufriendo tantas tentaciones y tantas inclinaciones y arideces?,

³ Como nos dice san Pablo en el himno kenótico, (**Filipenses 2,1**): “*Tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús*”... el cual siendo Dios, se hizo Hombre. Es decir, los sentimientos de nuestro corazón deben ser los de la encarnación.

⁴ Pio XII, *Haurietis Aquas*, 28.

¿será que todavía no soy santo? A lo cual debemos responder, que no es falta de santidad, sino de entendimiento, porque la cruz siempre es cruz. Nos escandalizamos de nosotros mismos porque sufrimos pruebas, pensando que a esta altura de la vida no tendríamos por qué perturbarnos durante la prueba. No nos damos cuenta de que la desolación es justamente perturbación. Por eso, ser inmunes a la perturbación o tristeza de la desolación, no es signo de santidad. Signos de Santidad son los actos de amor que uno realiza **a pesar de** la desolación, o, mejor dicho, usando el mismo peso de la desolación como materia de los actos de amor a Dios.

Esta maravilla espiritual, que puede transformar la desolación en un acto de amor, es posible gracias al ejemplo del corazón de Jesús. El fuego del corazón de Jesús puede hacer maravillas en los corazones que sufren desolación o tribulación. Les enseña la sabiduría de la cruz y puede mantener en ellos actos heroicos de virtud aun cuando precisamente a causa de la misma desolación, el alma no se sienta con ánimos de practicar ninguna virtud. El Sagrado Corazón da la fuerza necesaria, no necesariamente para que el alma deje de sufrir, sino más bien, para que el sufrimiento se “cristifique”, se encarne, y viva según ese misterio, aunque esté oculto a los sentidos.

3- Un ejemplo entre tantos, la Madre Teresa.

Todos conocemos el ejemplo de la Madre Santa Teresa de Calcuta que, pasando por las desolaciones profundas de abandono total, no dejó un momento de hacer lo que tenía que hacer. En una de sus cartas que ella escribe a Jesús la mística religiosa de nuestros tiempos, llegó a decir:

«No me atrevo a pronunciar las palabras y pensamientos que se agolpan en mi corazón, y me hacen sufrir una agonía indecible. Tantas preguntas sin respuesta viven dentro de mí, me da miedo descubrirlas a causa de la blasfemia: Si Dios existe... por favor perdóname. Pero, confío en que todo esto terminará en el Cielo con Jesús. Cuando intento elevar mis pensamientos al Cielo hay un vacío tan acusador que esos mismos pensamientos regresan como cuchillos afilados e hieren mi alma... ¿Me equivoqué al entregarme ciegamente a la llamada del Sagrado Corazón? A pesar de todo, esta oscuridad y este vacío no son tan dolorosos como el anhelo de Dios.

Esta contradicción, lo temo, va a desequilibrarme. ¿Qué estás haciendo Dios mío con una tan pequeña? Cuando pediste imprimir Tu Pasión en mi corazón, ¿ésta es la respuesta? Si esto Te trae gloria, si Tú obtienes de esto una gota de alegría, si esto Te lleva almas, si mi sufrimiento sacia Tu Sed, aquí estoy Señor, con alegría acepto todo hasta el final de la vida, y sonreiré a Tu Rostro Oculto, siempre».⁵

⁵ SANTA TERESA DE CALCUTA, BRIAN KOLODIEJCHUK. *Ven, sé mi luz!*, 218. Otro Texto más llamativo, a su director espiritual: “Las tinieblas son tan profundas que realmente no veo—ni con mi mente ni con mi razón.—El lugar de Dios en mi alma está vacío.—No hay Dios en mí.—Cuando el dolor de esta ansia es tan grande—yo simplemente deseo y deseo a Dios—y entonces es cuando siento—Él no me quiere—no está allí.—El Cielo—las almas—son sólo palabras—que no significan nada para mí.—Mi propia vida parece tan contradictoria. Ayudo a las almas—¿para ir adónde? — ¿Por qué todo esto? ¿Dónde está mi alma en mi ser? Dios no me quiere. —A veces—sólo escucho mi corazón gritar—«Dios mío» y no viene nada más. — No puedo explicar la tortura y el dolor. — Desde mi infancia he tenido el amor más tierno a Jesús en el Santísimo Sacramento—pero esto también se ha ido. — No siento nada ante Jesús—y sin embargo por nada perdería una Santa Com. [Comunión]...” p. 245. (por lo

A pesar de esta desolación propia de un alma mística, ella permaneció fiel, hasta tal punto que después de su muerte, cuando se conocieron sus escritos, dijeron las hermanas de su congregación: «Nadie en la congregación sabía que durante 50 años experimentó esa oscuridad»⁶.

Ella tenía una gran devoción al Sagrado Corazón. Y el Sagrado Corazón se encargó de mantenerla firme en la oscuridad de la noche. Más de una vez había dicho en sus oraciones: «hay en mi corazón una confianza ciega en el Sagrado Corazón»⁷. Y luego: «Quiero llegar a ser una santa según el Corazón de Jesús—mansa y humilde. Esto es todo lo que realmente me importa ahora»⁸. Y más claramente dice estas palabras a su director espiritual, ya con varios años de religiosa: «Padre, ¿puede explicarme—cuando tenga tiempo—cómo crecer en la “unión profunda y personal del corazón humano con el Corazón de Cristo”? Desde la infancia el Corazón de Jesús ha sido mi primer amor. Para mí cada viernes es la fiesta del Sagrado Corazón. Amo la Misa del Sagrado Corazón ya que en las palabras del ofertorio resuenan las palabras del 10 de septiembre: “¿Harás esto por Mí?”»⁹.

Por eso, con toda justeza podemos atribuir al Sagrado Corazón esa misión de sostener al alma desolada, para que pueda llegar a buen término, para que pueda salir de la noche verdaderamente purificada de todo lo que no es Dios.

Queda en pie, de todas maneras, la pregunta ¿por qué atribuimos esta misión especialmente al Sagrado Corazón? Nos atrevemos a responder que la razón más profunda parece ser **la semejanza** que existe entre el corazón desolado y el corazón sufriente de Jesús. Y aquí pasamos al siguiente punto.

4- El Corazón de Jesús, un Corazón Paciente¹⁰

Lo semejante busca su semejante. El corazón de Jesús siempre se nos ha presentado sufriente, paciente. Desde pequeño, encerrado en su cuerpo de recién nacido en Belén, se presentó sufriente. Y si uno recorre su vida, vemos que su corazón siempre se nos manifiesta pobre, manso, humilde, compadecido, un corazón que derrama lágrimas por su pueblo, triste hasta la muerte, oprimido de tal manera que hasta por los poros del Sacratísimo Cuerpo del Señor saca una fuerza extraordinaria para expeler de sí mismo y como sudor, gotas gruesas de su divina Sangre, se nos presenta atravesado por una lanza, exhausto¹¹.

Así se nos presenta según lo que nos narran las Escrituras. Pero los santos nos siguen diciendo que así se presenta a lo largo de todos los siglos. Baste recordar lo que le dice El

cual podemos decir nosotros que esta desolación no solo fue una desolación *encarnada* sino también *sacramentada*)

⁶ Testimonio de Sor Therese Magdala.

⁷ Cfr. SANTA TERESA DE CALCUTA, BRIAN KOLODIEJCHUK. *Ven, sé mi luz!*, 214.

⁸ *Ib.* 215.

⁹ El 10 de septiembre había sido el día de la inspiración fundacional de las Misioneras de la Caridad.

¹⁰ En el sentido de padecer.

¹¹ Existen varias teorías sobre de qué causa murió Jesús en la Cruz. Los Evangelios sinópticos indican que Jesús pegó un fuerte grito antes de morir en la Cruz. El doctor William Stroud, presidente de la Real Sociedad Médica de Edimburgo, propuso en el año 1847 en su artículo «La causa física de la muerte de Cristo» que la causa de la muerte fue la rotura del corazón con hemopericardio.

Sagrado Corazón a Santa Margarita: «He aquí el Corazón que ha amado a los hombres con tanto extremo que no ha perdonado desvelos, hasta agotarse y consumirse por testificarles amor, y por toda correspondencia solo recibe de la mayor parte de ellos ingraticudes, significadas en los menosprecios, desacatos, sacrilegios y frialdades con que me tratan en este Sacramento de amor»¹².

Ahora bien, un corazón desolado espiritualmente tiene cierta semejanza con el corazón de Jesús. Es verdad que hay que distinguir dos cosas. Una es que, como ya hemos dicho, la desolación en nosotros, en gran parte, consiste en una inclinación a pecar, lo cual es imposible que se dé en Jesús. Y lo segundo es que la desolación en nosotros muchas veces se da por negligencia propia, lo cual tampoco es posible en Cristo, por supuesto. Pero en cuanto **al padecer, en eso hay gran semejanza**. De manera que Él se compadece de nosotros y nosotros debemos compadecernos de Él. Sufrir en unión de corazones. Lo cual sucedió en los santos y de una manera elevadísima, extraordinaria y milagrosa en algunos santos, por ejemplo el **intercambio de corazones**¹³ de Santa Catalina de Siena, la **transverberación**¹⁴ de Santa Teresa¹⁵.

Y aunque esto suene muy elevado y extraordinario, no quiere decir que no sea una aspiración noble y encomiable. Después de todo, lo que queremos hacer aquí es repetir la invitación de Cristo: «Venid a mí todos los que estáis afligidos y agobiados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es suave, y ligera mi carga». (**Mateo 11,28**). Lo semejante busca lo semejante. El corazón afligido busca a los corazones afligidos.

Entonces, nuestra misión durante la desolación no es tanto hacer que la misma desaparezca y que vuelva el consuelo, porque de hecho tampoco tenemos poder para hacer eso. Nuestra misión en cambio es devolverle a nuestra desolación la semejanza que le corresponde en cuanto afligida con el corazón de Cristo. O, como hemos dicho, que nuestra desolación se encarne y cobre vida. Que sea una desolación viva, aunque esto implique la muerte. Paradoja cristiana: que para vivir la vida hay que morir cada día un poco, ese es el modo de vivir.

En definitiva, podemos decir que el corazón de Jesús se identifica con la desolación espiritual, y le quita a la desolación todo lo que de impuro tiene. Con el Sagrado Corazón

¹² Cfr. Vida de Santa Margarita de Alacoque.

¹³ Según Raimundo de Capua, que transmite las confidencias que recibió de Catalina, el Señor Jesús se le apareció con un corazón humano rojo esplendoroso en la mano, le abrió el pecho, se lo introdujo y dijo: «Amada hija mía, así como el otro día tomé tu corazón, que tú me ofrecías, ahora te doy el mío, y de ahora en adelante estará en el lugar que ocupaba el tuyo». Catalina vivió verdaderamente las palabras de san Pablo, «ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20).

¹⁴ SANTA TERESA DE JESÚS: «Vi a un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla. [...] No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parecen todos se abrasan. Deben ser los que llaman Querubines [...]. Viale en las manos un dardo de oro largo, y al fin de el hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios.» Libro de la Vida. Capítulo XXIX.

¹⁵ Son experiencias místicas que ya se atestiguan en algunos santos de la Edad Media, sobre todo en santa Matilde de Hackeborn y santa Gertrudis de Helfta: intercambio de corazones, comunicación de corazones, canal entre los corazones, rayo luminoso, transverberación, refugio en la herida del costado, etc. Las fuentes literarias son numerosas y se podría llegar a establecer una tipología precisa. Cfr. *Influencia de santa Gertrudis en el desarrollo de la devoción al Sagrado Corazón*.

Jesús, la lucha contra la tentación o contra el sentimiento de abandono, no necesariamente va a desaparecer, pero va a pasar a ser una lucha que merece la pena librarse.

Pero queda aún una pregunta, ¿con qué fin lo semejante busca lo semejante? ¿Con qué fin busca el corazón afligido de Jesús sentarse en el corazón afligido del hombre?

5- La reparación y la conquista de un corazón desolado.

Jesús sabe más que nadie cuánto poder tiene un corazón abatido por la desolación. El corazón desolado es un corazón con un poder de conquista. Porque aún abatido, la libertad y la gracia se unen en ese corazón para realizar las obras espirituales más grandes que puedan existir. Un corazón desolado pero encarnado y unido al sagrado Corazón de Jesús, es un corazón abierto a la grandeza, es el lugar propicio para la reparación y para el trabajo de la conquista de las almas. La desolación es una invitación a la reparación y al desagravio por las ofensas cometidas al Corazón de Jesús. Es una invitación al ofrecimiento por la salvación de las almas. Por eso podemos ver los corazones de tantos santos como si fueran el lugar privilegiado en donde Jesús quiere refugiarse para ser consolado y para consolar, para ser desagraviado y a la vez para salvar y redimir. Por ejemplo, el corazón de San Felipe Neri, que incluso físicamente se vio encendido e inflamado hasta tal punto, que después de su muerte se pudo comprobar que tenía dos costillas rotas y que éstas se habían arqueado para dejar más sitio a su corazón que estaba todo poseído de los dones del Espíritu Santo. O San Roque Gonzalez de Santa Cruz, uno de los santos Mártires del Río de la Plata, que fue martirizado cruelmente por los indios con un martillazo en la cabeza, y aún después de muerto, oyeron los testigos que desde el corazón del santo salía esta voz muy bien formada: «*Habéis muerto al que os ama, habéis muerto mi cuerpo y molido mis huesos, pero no mi alma, que está entre los bienaventurados del cielo*». Lo cual, cuenta el Padre Ruiz de Montoya¹⁶, no pudo reducir a los indios a la razón. Y dijeron los indígenas, «*Aún habla este embustero*», y abriéndole aquel amoroso pecho, le sacaron el corazón, que, aunque frío, ardía en llamas de caridad, al que luego atravesaron con una flecha; y para que no quedase rastro, encendieron una gran hoguera, y en medio arrojaron su cuerpo y el corazón; más este quedó entero, venciendo el fuego de la caridad las llamas que del fuego material ardían, quedando como el oro al fuego acendrado y puro aquel corazón¹⁷.

Sin lugar a dudas el corazón de Jesús ve algo especial en el corazón de los santos. Y podemos decir que hasta los demonios se estremecen y confunden ante el valor y la capacidad conquistadora que tiene un corazón afligido y atormentado:

Los indios hurones que mataron al gran mártir Juan de Brebeuf, uno de los 8 santos mártires norteamericanos, quedaron admirados al ver la fortaleza del santo, que permanecía firme durante las largas horas de tortura en que lo ataron, le quebraron los huesos de las manos y las piernas y le arrancaron a mordiscones las uñas de los dedos, lo quemaron en distintas partes del cuerpo con antorchas y brasas, luego le echaban agua hirviendo burlándose del sacramento del Bautismo, le arrancaron después los ojos porque con los ojos él los miraba como compadeciéndose de ellos mientras rezaba por ellos, luego le

¹⁶ RUIZ DE MONTOYA, *Conquista espiritual*, C. 58.

¹⁷ Cfr. *Ibid.*

pusieron brasas en la boca y arrancándole los ojos pusieron brasas en las concavidades de los mismos, finalmente y como sacrificio para los demonios, lo echaron en una plataforma, le arrancaron con un cuchillo el cuero cabelludo y las plantas de los pies. Pero quedaba finalmente el corazón. Se peleaban entre ellos para ver quién tenía la dicha de poder abrir el pecho y arrancarlo. Y como pensaban que allí, en ese corazón radicaba toda la fuerza de un hombre tan vigoroso y perseverante, le dieron el honor al jefe de la tribu, el cual sacó el cuchillo de cazador y ensañado, arrancó su corazón lo puso en una estaca mientras los demás trataban de beber la sangre que de él caía. Luego de pasarlo por las llamas, se lo comió, convencido de que el espíritu de fortaleza de aquel hombre se apoderaría de él.

Eso tenía que pasarle al corazón de este mártir y al de los demás para que Dios en su providencia obrara maravillas en aquellas tierras. De esas mismas tribus salvajes saldrían familias enteras de nuevos cristianos y hasta una santa para los altares, Santa Kateri Tekawitha. Otro Mártir compañero de Juan de Brebeuf, Gabriel Lalemant, tenía entre sus cosas una pequeña oración de oblación que decía: «Levántate, pues, alma mía, perdámonos bienaventuradamente, para dar esta satisfacción al Sagrado Corazón de Jesucristo, se lo merece, y ya no puedes excusarte, a menos que desees vivir y morir ingrata de su amor».

Y si el Corazón de Jesús puede lograr estas cosas extraordinarias en los corazones de los santos, ¿cómo no podrá obrar maravillas en nuestros propios corazones, aun cuando estén pasando por la cruz y la sequedad?

Allí en el corazón se resuelven todas las cosas, allí no hay lugar a mediocridades. En el corazón no hay lugar para fariseísmo o duplicidad. Porque Dios allí ve todo, aunque el mundo exterior no puede ver. Por eso, por ejemplo, san Pablo decía a los filipenses (**Flp 1,8**) «Dios es testigo de que los amo tiernamente en el Corazón¹⁸ de Cristo Jesús». Y santo Tomás comenta: «Siendo que el deseo del corazón es conocido por Dios solamente, entonces llama San Pablo a Dios como testigo». Pues el poder del amor llega a las profundidades del corazón. Como si estuviera diciendo, es mi más profundo anhelo que estéis vosotros en el corazón de Jesucristo, que lo améis íntimamente, y que seáis amados por él, porque **en esto consiste la vida del hombre**.¹⁹

Conclusión

Dios es testigo de nuestra desolación y de los deseos más íntimos del corazón. Por eso, en los tiempos de prueba, aunque estemos desesperanzados o escandalizados de la cruz como lo estuvieron los discípulos de Emaús, debemos escuchar su voz y oficio de consolar para poder decir: «¿No ardía acaso nuestro corazón?» (**Lucas 24,32**). Que nos pase como a ellos. Pues de carne es nuestro corazón tanto como el de aquellos discípulos y como los santos de todos los tiempos. «El nos amó hasta el extremo». (**Juan 13,1**)

¹⁸ Propiamente dice, *las entrañas* de Cristo Jesús, que en el lenguaje bíblico tiene un sentido como el del corazón misericordioso. Por ejemplo, la expresión: *entrañas de misericordia*.

¹⁹ Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Super filipenses 1,8*: "...quasi dicat: quia ad profunda et intima cordis, virtus amoris pertingit. Vel cupiam ut sitis in visceribus Iesu Christi, id est ut ipsum intime diligatis, ut et diligamini ab eo; in hoc enim vita hominis consistit."

Por último, al corazón desolado de la Virgen María tendríamos que dedicar otra charla entera. Pero no quiero dejar de mencionar que son siete las espadas de su corazón y que su sufrimiento no fue desencarnado pues el motivo de cada una de esas espadas era tanto la divinidad como la humanidad del corazón de su hijo, el Verbo Encarnado. El motivo de cada una de esas espadas era la reparación de los pecados de los hombres y su fervorosa y humilde obra de corredención.

A ella le pedimos que nos enseñe a vivir las pruebas espirituales de esta vida con nuestros corazones unidos a su corazón y al de Nuestro Redentor, Nuestro Señor Jesucristo.